

cómo Sergio Fernández, mal gramático, tuvo a bien transformar una locución adverbial en un complemento indirecto: hace algunos años, unas señoritas sus alumnas le preguntaron en clase por una fecha o por un nombre que él ya había proporcionado. Encendido por la distracción y por la banalidad escolar de semejantes preguntas que le interrumpieron las inspiraciones, respondió con toda cortesía: “Perdónenme, señoritas, pero yo no doy mi clase a tontas y a locas”.

Para terminar esta apretadísima semblanza, quiero decir que Sergio Fernández es, ante todo, un espléndido lector, de la vida y de la obra de la vida. Lee todo cuanto pasa por su percepción, con los ojos abiertos como platos, siempre sorprendido y con todos los poros de la piel permeables a la literatura de la vida. Y ésa es su enseñanza más generosa. Sólo quien ama con penosa lujuria a la vida y a la literatura es capaz de prodigar su confusión. De aprender algo de Sergio Fernández, es imposible leer un texto como letra muerta; es imposible, también, andar por la vida sin leerla. Como don Quijote a Sancho, Sergio Fernández nos ha hecho ver gigantes donde sólo veíamos molinos de viento.



Marta Foncerrada y Manuel González Galván, 1986.

Marta Foncerrada de Molina

Durdica Ségota

Quisiera recordar a la maestra Marta Foncerrada de Molina en dos aspectos de su actividad académica: la enseñanza de historia del arte y la investigación en el área del arte prehispánico.

Durante algunos años fue profesora de Historia del arte en la Universidad Iberoamericana, pero la mayor parte de su actividad docente —durante más de dos décadas— la realizó en la UNAM, en la Facultad de Filosofía y Letras. Impartió las materias Introducción a la historia del arte y Arte prehispánico en el Colegio de Historia; en la División de Estudios de Posgrado de la misma Facultad, estuvo durante años a cargo del Seminario del arte prehispánico, dedicado cada semestre a variados temas de investigación en torno a la compleja problemática del arte precolombino. La formación de prehispanistas se extendía a diversas asesorías y a la dirección de las tesis profesionales.

Como investigadora en el Instituto de Investigaciones Estéticas, publicó su primer libro en 1965: *La escultura arquitectónica de Uxmal*. Junto con el estudio de *Coatlícue* de Justino Fernández, publicado unos diez años antes, y el libro de Beatriz de la Fuente *Escultura de Pa-*

lenque, representa un trabajo pionero en el análisis del arte prehispánico. El método iconográfico propuesto por E. Panofsky encontró en estos dos últimos textos sus primeras aplicaciones al arte del México antiguo. El estudio de las variantes estilísticas a lo largo de los siglos que abarcó la cultura maya en Uxmal fue la base para una cronología del sitio y, en este sentido también, el trabajo de la maestra Foncerrada fue uno de los pioneros en la materia.

En 1979 publicó *Las vasijas pintadas mayas en el contexto arqueológico*, estudio tipológico y estilístico que es hoy un instrumento de trabajo sumamente útil.

En 1988, año en el que falleció, apareció el libro de *Las figurillas de Jaina, Campeche, en el Museo Nacional de Antropología*, catálogo razonado y, como el libro anterior, de consulta obligatoria para cualquier estudio sobre el tema.

El libro póstumo *Estudio iconográfico de Cacaxtla*, originalmente fue escrito como tesis de doctorado; desgraciadamente, la maestra Foncerrada no logró presentarlo, ni siquiera terminarlo del todo. En este trabajo recurre a métodos derivados de la lingüística y éstos le permiten ir más allá de un mero estudio formal. Además, el análisis comparativo y la exhaustiva revisión bibliográfica de la documentación histórica e información arqueológica hacen que este estudio —aunque no haya sido completamente terminado y a pesar del tiempo transcurrido— siga siendo de actualidad. Las preguntas formuladas en él representan un reto y estímulo para nuevas investigaciones, como suele suceder con el legado que nos dejan los buenos maestros.

Alaide Foppa

Annunziata Rossi

Todas las veces que se me propone participar en mesas redondas o se me pregunta por Alaide Foppa, busco pretextos o desvío la conversación para no hablar de ella. No se trata de indiferencia, ni de olvido, sino de un sentimiento de vacío que me lleva al silencio, al mutismo. Es el mismo sentimiento que, sin darme cuenta, me hace zigzaguear por las calles de la Florida para evitar la casa de la esquina de Camelia con Hortensia, donde ella vivió feliz largos años con su familia, y donde yo, que habitaba a pocas cuerdas de ella, estuve tantas veces a comer, platicar, trabajar con ella. Sólo ahora, mientras escribo, descubro